

MAGDALENA.—Vamos á ver cómo nos desharemos de Beckmesser.

EVA.—Tú te asomará por mí á la ventana.

MAGDALENA.—¿Cómo?... ¡yo! no quiero. David tendría celos; la ventana de su cuarto da á la calle, ¡estaría bueno!... ja... ja... ja.

EVA.—Oigo pasos.

MAGDALENA.—Vente ahora.

EVA.—Se acercan...

MAGDALENA.—Te equivocas, no es nada. Te lo aseguro. Ven, ven; tu padre ya se ha acostado.

POGNER (dentro).—¡Eh! Magdalena, Eva...

MAGDALENA.—¿Oyes?... el tiempo urge, y quién sabe dónde está el caballero.

(En esto Walther sube por la calle y dobla la esquina de la casa de Pogner en el momento en que Eva se retiraba cogida del brazo de Magdalena. Al verle la niña, suelta un grito y corre al encuentro de Walther.)

EVA.—Aquí está.

MAGDALENA (entrando en la casa).—Ahora están juntos; hay que vigilarles.

EVA (fuera de sí).—¡Eres tú!... no, no lo eres... Tú que lo sabes todo, á quien confío mis penas, mi único amigo... ¡el laureado!

WALTHER (con pasión).—¡Ah! te engañas; soy tu amigo, es verdad, pero no el laureado. No alcancé á igualar á los maestros; desprecian mi canto y me es imposible aspirar á la mano de mi amiga.

EVA.—Pero como ella es la que confiere el premio, la única que reconoce tu mérito, sólo á ti elegirá.

WALTHER.—Te equivocas; aunque tu padre no te destinase á otro, tendría que renunciar á tu mano. «El novio de mi hija debe ser maestro cantor, y sólo quien haya obetenido el premio, será su esposo.» Así dijo tu padre delante de aquellos señores, y no puede retractarse aunque quisiese. Esto me dió valor y aunque todo me parecía extraño... canté...

canté con fuego y pasión para obtener el título... Pero ¡estos maestros!... ¡estos maestros!... ¡cuando sus versos son de remendones!... ¡Ah! ¡siento reavivarse mi cólera, me palpita el corazón con sólo recordar en qué trampa fui á caer! Lejos de aquí, en mi país, en mi estado libre, soy dueño de mi casa; ¿quieres ser mi esposa? ¿te atreverás á seguirme? ¡huyamos! ¡no queda otro camino, ni otra esperanza! Por donde quiera, me parece verme rodeado de los maestros, como turba de maléficis genios, burlándose de mí, juntándose por calles y talleres, como durante el canto, gesticulando, cuchicheando, rodeándote y pidiendo con voz ronca tu mano, como novia ofrecida al mejor cantor; oigo cómo te alaban, balbucientes y conmovidos... ¡y he de sufrirlo yo, sin pegarles! (Suena la bocina del sereno. Walther echa mano á la espada con altivez.) ¡Ah!

EVA (con ternura y deteniéndole).—No te irrites así; es el sereno; escóndete pronto detrás del tilo, que va á pasar por aquí.

MAGDALENA (en voz baja desde la puerta).—¡Eva! ¡ya es hora! ¡ven, corre!

WALTHER.—¿Cómo! ¿te vas?

EVA.—¿No debo?...

WALTHER.—¿Huyes?

EVA.—Sí; del tribunal de los maestros.

(Vase corriendo con Magdalena.)

EL SERENO.—Oíd: las diez han dado; cubrid el fuego; apagad la luz; cuidad de que para nadie resulte daño; ¡alabado sea Dios!

(Vase y suena otra vez la bocina.)

SACHS (que había escuchado, detrás de la puerta, el anterior diálogo, entreabre la puerta).—¡Malo, malo, ¡proyectan un rapto! ¡no puedo permitirlo!

WALTHER (detrás del tilo).—Si no volviese ¡qué angustia! Ella vuelve ¡oh desdicha! ¡es la vieja!... No; ¡ella es!...

EVA (sale vestida con el traje de Magdalena y se

dirige á Walther.)—¡Loco! ¡aquí me tienes! (Se echa en sus brazos.)

WALTHER.—¡Cielos!... Gané el premio...

EVA.—¡Vaya!... ¡cálmate!...

WALTHER.—Por esta calle, á la puerta de la ciudad, encontraremos el criado y los caballos.

(Cuando van á doblar la esquina, Sachs, que había colocado la lámpara detrás de un globo, saca la luz, que derrama su claridad á través de la calle, por la puerta de la tienda, de modo que de golpe alumbra á Walther y á Eva.)

EVA (tirando á Walther hacia la sombra).—¡Oh, desdicha! ¡Si el zapatero nos viese!... ¡escóndete!... no te acerques á él...

WALTHER.—¿Por dónde vamos?

EVA (señalando hacia la izquierda).—No conozco muy bien el camino, y pudiéramos dar con el sereno.

WALTHER.—Entonces, huyamos calle arriba.

EVA.—Aguarda á que se retire el zapatero.

WALTHER.—Yo haré que se meta dentro.

EVA.—Cuida de que no te vea, porque te conoce.

WALTHER.—¿El zapatero?

EVA.—Es Sachs.

WALTHER.—Es amigo mío

EVA.—No lo creas; hace poco que hablaba mal de ti.

WALTHER.—¡Cómo!... ¿Sachs? ¡también él!... Voy á apagarle la luz.

(Es esto Beckmesser, que ha ido siguiendo al sereno furtivamente, á corta distancia, mirando á las ventanas de la casa de Pogner, se ha sentado en un banco de piedra, apoyándose en la pared de Sachs, y se dispone á tocar el laúd que lleva consigo.)

EVA (deteniendo á Walther).—No lo hagas; escucha.

WALTHER.—¡Suena un laúd!

EVA.—¡Ah!... ¡qué horrible ansiedad!

WALTHER.—¿Qué temes?... El zapatero ha retirado la luz... atrevámonos...

EVA.—¿No oyes?... otro ha venido y está allí.

WALTHER.—Ya oigo, y le veo; es un músico... ¡Qué querrá á estas horas!

EVA.—Es Beckmesser.

(Sachs al oír el laúd, baja otra vez la luz, como obedeciendo á repentina resolución, abre la puerta de la tienda y coloca junto á ella el velador.)

SACHS.—¡Me lo temía!...

WALTHER.—¡Mi juez!... ¡Es él!... Y está en mi poder! Voy á quitarle la vida, ¡miserable!

WALTHER.—¡Mi juez!... ¡Es él!... Y está en mi poder! Voy á quitarle la vida, ¡miserable!

EVA.—Por Dios! escucha! despertará padre! déjale que acabe su canción; entonces se irá á acostar... Vamos á escondernos detrás del zarzal. ¡Cuánta pena me dan estos hombres!

(Ase á Walther y se escoden detrás del zarzal, debajo del tilo. Beckmesser empieza á rascar el laúd de un modo discordante para ver si se abre la ventana. Cuando se dispone á cantar, Sachs da de nuevo más luz á la lámpara que ilumina la calle, y batiendo el cuero con fuertes martillazos se pone á cantar en alta voz.)

SACHS (cantando).—Cuando Eva fué echada del Paraíso por Dios Nuestro Señor, lastimaban las duras peñas su pie desnudo. El Señor tuvo lástima de ella; llamó á un ángel y le dijo: Haz un par de zapatos para esta pecadora; veo que Adán tropieza en los guijarros, toma medida de un par de botas para que puedan andar cómodamente.

BECKMESSER (interrumpiendo su canto).—¿Qué es esto? ¡Malditos gritos! ¡qué ocurrencia la de este rudo zapatero! (Presentándose á Sachs.) ¿Cómo, maestro, trabaja usted tan tarde?

SACHS.—¿Cómo, señor escribano; no se recoge usted todavía? ¿Teme usted que no le acabe los za-

patos? Ya ve que estoy trabajando en ellos; mañana los tendrá.

BECKMESSER.—¡Llévese el diablo los zapatos! Lo que yo quiero es que haya silencio.

WALTHER (á Eva).—¿Qué canción es esta? ¿Por qué te nombra á ti?

EVA.—Ya lo entiendo; me alude maliciosamente.

WALTHER.—¡Qué excitación! Con esto el tiempo pasa y nos vamos retardando.

SACHS (continúa trabajando). — Tarará... tarará... ¡Oh Eva! mujer maligna! Tú tienes la culpa de que ahora tengamos que calzar zapatos: si hubieses obrado con mayor prudencia en el Paraíso, no habría entonces guijarros. Por tu pecado tengo ahora que manejar la lezna y el hilo, y gracias á la debilidad del señor Adán, pegarles suelas á los zapatos y encerrar el hilo... Si yo fuese un ángel puro, ¡qué el diablo fuese zapatero!

BECKMESSER.—Acaba: ¿quieres fastidiarme? siempre serás el mismo.

WALTHER CON EVA.—¿De quién se burla el juez? ¡toma; de los dos! Cuánto lo siento! presagio algo malo!

SACHS.—¿Qué importa que yo cante?... he de acabar ese par de zapatos.

BECKMESSER.—Cierra la puerta y cállate.

WALTHER.—¡Animo, ángel mío!

EVA.—Me aflige esa canción.

WALTHER.—Ni la escucho siquiera; ¡estás cerca de mí! qué delicioso sueño! (La estrecha tiernamente.)

SACHS.—El trabajo de noche es pesado. Para animarme necesito cantar alegremente al aire libre. Oiga usted la tercera estrofa.

BECKMESSER (mientras Sachs vuelve á cantar).—¡Oh rabia! ¡qué modo de chillar! Ahora creará ella que yo soy el autor de esta música.

SACHS (continúa trabajando).—Traralá... traralá... Eva, escucha mi grito de dolor, mi pena, mis dis-

gustos; las obras de arte de un zapatero, el mundo las destroza con sus pies; si un ángel no me consolara, daría al diablo mi oficio... mientras el ángel me arrebatara en éxtasis, el mundo se halla á mis pies, y soy Sachs el zapatero y el poeta.

BECKMESSER (viendo que se abre la ventana sin ruido).—Se abre la ventana, ¡es ella!

EVA (á Walther).—Esta canción me da pena; huyamos.

WALTHER (desenvainando la espada).—Pues tiro de la espada.

EVA.—¡Ah, no! ¡eso no! ¡detente!

WALTHER.—Es verdad; no lo merece.

EVA.—Calma, amigo mío, calma; ¡cuántas penas te causo!

WALTHER.—¿Quién está en la ventana?

EVA.—Magdalena.

WALTHER.—Buena recompensa; esto me divierte.

EVA.—¡Cuánto deseo acabar y escaparnos!

WALTHER.—Falta que él empiece.

BECKMESSER (que mientras Sachs continúa trabajando se ha quedado muy pensativo y agitado).—Soy perdido si continúa cantando. (Se acerca á la ventana.) Amigo Sachs; oiga usted una palabra: ¿Qué gusto tiene usted en trabajar tanto en estos zapatos? lo que es yo los había olvidado. Como zapatero, le estimo; pero mucho más como colega en el arte; aprecio en mucho su buen criterio y por eso le ruego escuche este canto con el cual quiero mañana alcanzar el premio, si le parece á usted bien.

(Vuélvese de espaldas á la calle y empieza á rascar el laúd para llamar la atención de Magdalena, asomada á la ventana.)

SACHS.—¡Hola! Usted quiere engañarme y reñirme otra vez, echándome en cara que blasono de poeta, y descuido la tienda; ya veo que trabajo mal, tiene usted razón, lo veo, y dejo á un lado el ritmo y el

verso y hasta mi imaginación, para dedicarme á sus zapatos nuevos para mañana.

BECKMESSER (rascando otra vez el laúd).—Deje usted eso, que es chanza; ya sabe usted cuánto le aprecio y cuánto le estima también el pueblo y la señorita Pogner. Como mañana pretendo aspirar al premio, quisiera me dijese su opinión, sobre mis canciones; óigalas usted tranquilo y dígame después qué le parecen para corregirme en algo.

(Vuelve á tocar el laúd de un modo discordante.)

SACHS.—Déjeme usted en paz; no merezco yo ese honor. Todas mis poesías son piezas callejeras; precisamente por eso las canto en la calle á compás de mi martillo. (Continúa cantando.) Traralá... traralá...

BECKMESSER.—¡Maldito hombre! me hace perder el tino con esa gritería que huele á pez: cálese usted, que despierta á los vecinos.

SACHS.—¡Cá! Ya se han acostumbrado á ello, y nadie se fija. (Cantando.) ¡Oh, Eva! Eva! maliciosa mujer!

BECKMESSER (con furia).—Pícaro, bribón; te juro que esta ha de ser la última vez que te burles de mí; si no callas te arrepentirás. No eres más que un envidioso, aunque te las echas de sabio: otros hay con más talento que tú y esto te hace rabiar... ya te conozco íntimamente. Rabias porque no te hicieron juez. Pues bien; mientras viva Beckmesser, y cuelgue un solo verso de sus labios y sea considerado por los maestros, mientras florezca Nuremberg, juro á Dios que no serás juez, Hans Sachs. (Vuelve á tocar el laúd.)

SACHS (que le había escuchado atentamente).—¿Y esta era su canción?...

BECKMESSER.—Llévete el demonio.

SACHS.—Pocas reglas figuran en ella, pero la música es excelente.

BECKMESSER.—¿Quieres escucharme?

SACHS.—Por Dios, continúe usted cantando, mientras yo continúo batiendo las suelas.

BECKMESSER.—Pero... ¿quiere usted callarse?

SACHS.—Si usted canta, yo continuaré trabajando con más ahinco. (Sigue golpeando la horma.)

BECKMESSER.—¿Quiere usted acabar con sus malditos golpes?

SACHS.—¿Cómo podría, sin eso, ajustar bien las suelas?

BECKMESSER.— ¡Cómo!... ¿Quiere usted golpear mientras yo canto?

SACHS.—Usted ha de obtener éxito con su canción, y yo con mis zapatos.

(Continúa dando martillazos.)

BECKMESSER.—Yo no quiero zapatos.

SACHS.—Eso lo dice usted ahora, pero luego en la escuela me lo reprochará usted... Oiga: si usted quiere, podemos hacer una cosa. Yo quisiera aprender á juzgar como usted, que no tiene en esto rival: de nadie puedo aprenderlo mejor; pues bien, cante, y yo iré apuntando las faltas mientras trabajo.

BECKMESSER.—Vaya usted apuntando con el yeso.

SACHS.—No, así no: porque no podría trabajar. Yo indicaré las faltas á martillazos.

BECKMESSER.—¡Maldición! con eso se hace tarde y la niña al fin saldrá á la ventana.

(Vuelve á tocar el laúd.)

SACHS (golpeando).—Vamos... aprisa; sino, cantaré solo.

BECKMESSER.—Basta; basta!... ¡Diablo!... qué fastidioso!... Apunte, si quiere, las faltas á martillazos, pero sin partarse de las reglas...

SACHS.—De las reglas del zapatero que tiene mucho qué hacer...

BECKMESSER.—¡Palabra de honor de un maestro!

SACHS.—¡Y zapatero!

BECKMESSER (se pone en la esquina).—Aquí me pondré!

SACHS.—¿Por qué tan lejos?

BECKMESSER.—¿Por no verte; como en la escuela de canto.

SACHS.—Entonces le oiré mal.

BECKMESSER.—Me es fácil dirigir la voz á voluntad.

SACHS.—Bien, pues; empiece usted.

(Breve preludeo; sale Magdalena á la ventana.)

WALTHER (á Eva).—¿Qué cosa tan burlesca! pareceme un sueño... como si no hubiese salido aún del tribunal...

EVA.—¿Qué fantasmas me cercan!... ¿Será una desgracia ó una dicha?... ¿En qué acabará eso?...

(Cae como aturdida sobre el pecho de Walther y se queda así.)

BECKMESSER (rascando).—«Veo aparecer el día de mi júbilo.» (Sachs da dos martillazos. Beckmesser se estremece, pero continúa.) «Pero se animará mi corazón.» (Sachs da dos martillazos. Beckmesser se vuelve sin ruido pero fuera de sí.) ¿Se chancea usted?... ¿Qué falta he cometido?

SACHS.—Sería mejor decir... «mi corazón se animará.»

BECKMESSER.—Pero entonces no habría consonante.

SACHS.—Pero hay que atender á la melodía; á mí me parece que las palabras deben ajustarse á ésta.

BECKMESSER.—Disputar yo con usted aquí!... déjelo usted, sino pronto ó tarde me las ha de pagar.

SACHS.—Vamos, continúe.

BECKMESSER.—Estoy completamente turbado.

SACHS.—Continúe, hombre: esta pausa merece ya tres martillazos.

BECKMESSER.—(Más vale no hacer caso... pero... lo peor es que me distrae á la niña.) (Vuelve á tocar el laúd.) Veo aparecer el día de mi júbilo y se animará mi corazón: entonces he de aspirar á la mano de la niña. ¿Sabéis por qué será éste el día más dichoso de mi vida? A todos he de decirlo. Su bella niña un padre ofreció en premio al mejor cantor; aquí está,

venid á verla, en ella fundo mis esperanzas. Por eso hallo tan hermosa la aurora de este día. (Sachs vuelve á repetir los martillazos. Beckmesser se esfuerza en contener su rabia y en proseguir cantando con ternura, pero á cada martillazo de Sachs se agita y perturba, lo cual da á su canto un carácter cómico. Se precipita con furia hacia Sachs.) ¿Pero no ve usted que me está matando?... ¿querrá usted callarse de una vez?...

SACHS.—¿Pero hablo yo, por ventura?... No hago más que marcar los signos mientras trabajo en las suelas; después hablaremos.

BECKMESSER (mirando á la ventana, continúa tocando rápinamente).—¡Se va! ¡Dios mío!... yo debo... (Da la vuelta por la esquina amenazando á Sachs con los puños.) Yo me acordaré de ti.

SACHS (alargando el brazo).—El juez está en su puesto: continuad.

BECKMESSER.—El corazón se me salta de alegría cortejando á tan joven muchacha, pero el padre ha puesto una condición al que desee ser su yerno. Es del gremio, y ama á su hija, y tanta es su afición al arte, que sólo quiere por yerno á un maestro laureado. Quien arda por la doncella con pura llama ha de dedicarse al arte y ganar el premio.

(Fija la vista en la ventana, observa con creciente ansiedad los gestos de desdén de Magdalena, y para ahogar los continuos martillazos de Sachs, grita cuánto puede hasta echar los bofes.—En esto, Sachs se levanta del taburete y se asoma á su ventana.)

SACHS.—¿Ha terminado usted? Yo tengo ya listos los zapatos, verdaderos zapatos de juez. Oiga usted ahora mis versos, escritos en la suela á martillazos, breves y largos... Ahí leerá usted las faltas, y puede usted aprenderlo para otra vez. Lo que el escribano con su pluma, el zapatero lo marca sobre el cuero. (Ríe.)

BECKMESSER (se habrá retirado hasta pegarse á la

pared entre las dos ventanas de la casa de Sachs, y hace los mayores esfuerzos para aturdir á éste y terminar su canto, gritando sin aliento:) Hoy quiero probar mi derecho á llamarme maestro, y haré cuánto pueda por ganar el lauro. Invoco á las nueve Musas para que inspiren mi estro; aunque no ignoro las reglas, fácil es errar cuando perturba el ánimo la esperanza y la duda de alcanzar la mano de una niña. Soltero soy, y os ofrezco cuánto poseo, mi honor, mi cargo, mi dignidad; confío en que mi canto os agrade y me elijáis.

LOS VECINOS (primero se asoman algunos y van saliendo otros en distintas ventanas mientras sigue el canto.) ¿Quién grazna pos ahí? ¿quién aúlla con tanta fuerza? ¡Por Dios, déjenos en paz, que es hora de dormir. ¡Oigan cómo rebuzna ese asno! ¿eh? ¿qué hace usted aquí? ¡Calle y váyase con la música á otra parte!

DAVID (abre también la ventana que está cerca de Beckmesser y asoma la cabeza.)—¿Quién demonio está aquí, y aquí enfrente? Es Magdalena... ¡Jesús! ¡Qué veo! Este la corteja; y por lo visto le quiere más que á mí. ¡Espera, que me las vas á pagar, condenado!

(Armado de un garrote salta por la ventana y arremete contra Beckmesser rompiéndole el laúd y le echa á la cara los pedazos.)

MAGDALENA (que hasta ahora habrá hecho señas exageradas de agrado, para alejar al juez, empieza á gritar en alta voz):—¡Justo cielo! ¡David! ¡qué desgracia!... Socorro! favor!... se matan!...

BECKMESSER (riñendo con David).—Pícaro! ma'dito! ¿quieres dejarme?

DAVID.—Te voy á romper las costillas.

VVECINOS (mirando desde las ventanas).—Acudid! Acudid! ¡se estrangulan!

OTROS VECINOS (saliendo á la calle).—Aquí, correr! Se pegan. ¡Hola! ¡fuera de aquí! Dejad libre el paso. Si no calláis, nosotros os haremos callar.

UN VECINO.—¿Cómo? ¿también usted? ¿qué tiene usted que ver con esto?

OTRO VECINO.—¿Qué busca usted por aquí? ¿ha sido usted ofendido por ventura?

PRIMER VECINO.—Ya sabemos quien es usted.

SEGUNDO VECINO.—Y de usted mucho más.

PRIMER VECINO.—¿Cómo? ¿qué dice?

SEGUNDO VECINO (pegándole).—Lo dicho.

MAGDALENA (desde la ventana).—¡David! Beckmesser!

APRENDICES (golpeando).—¡Por aquí! por aquí!

ALGUNOS VECINOS.—Son los zapateros...

OTROS VECINOS.—No; son los sastres.

LOS RIMEROS.—Son los borrachos!

LOS OTROS.—¡Hambrientos!

LOS VECINOS (todos en tropel y á la vez).—Mucho tiempo há que lo deseaba... ¿Tiene usted miedo? Eso, por su queja. ¡Tome usted eso! Cuidado, que pego. Su mujer le ha excitado contra mí. ¡Mire cómo llueven palos! Esto para ti, canalla! Burro! animal! grosero! bruto! anda, á ellos!

APRENDICES (al mismo tiempo que los vecinos).—Ellos han producido el alboroto. Son los cerrajeros, no, los herreros, no, los carpinteros; también hay curtidores y sangradores echándola de guapos. ¡Patán!... truenos y rayos! donde alcanza un golpe no sale más pelo... Y se pelean como valientes, ¡á palos, los canallas!

(Los aprendices y vecinos se pelean en confusión.)

LOS COMPANEROS (saliendo por todos lados).—Corred, compañeros! ¡hay riñas y alboroto! ¡no faltarán palos! Son los tejedores y curtidores, los que se empeñan cada año en impedir el certámen; siempre usaron de malas tretas... Ahí viene el carnicero Claudio... Venir ahí los gremios; sastres con la plancha, alfareros, venir ahí ¡garrotazo y tente tieso! Hasta la mujer os dará de palos si volvéis á casa.

¡Adelante siempre, adelante! y á batiros hombre á hombre!...

LOS MAESTROS (Ciudadanos, ancianos, salen por distintas partes).—¿Qué riña, qué alboroto es éste? No suena poco el estrépito! Calma, calma, y que cada cual se vuelva á su casa! No impidan el paso por la calle! De otro modo, veréis cómo la hacemos despejar...

LAS VECINAS (desde las ventanas).—¡Qué riña! qué alboroto! qué miedo! De seguro está allí mi marido y le van á dar un palo! Vaya, calma, calma! qué pronto enís! qué furria! qué tumulto! ya vuelven! ¿estáis locos? ¡socorro! ¡socorro! ¡ay! mi marido se pelea! ¡quién puede verlo! Cristián!... Pedro!... Nicolás!... Hans!... socorro! ¡oye, Francisco! cómo se pegan! Saltan por el aire las pelucas, ¡agua, agua! para echársela á la cabeza!...

(Crecen los gritos y la reyerta.)

MAGDALENA (á la ventana retorciéndose las manos con desesperación).—¡Cielos, qué pena! qué dolor! Oye, David, oye un momento! déjale!...

POGNER (se presenta á la ventana, en ropas menores y hace retirar á Magdalena).—Por Dios, ¡Eva! cierra la ventana! Mira si ocurre algo abajo!

(Sale en seguida á la puerta de la casa. Al empezar el tumulto, Sachs ha apagado la luz y cerrado la puerta de la tienda, de modo que puede observar por un agujero lo que pasa debajo del filo. Walther estrecha en sus brazos á Eva.)

WALTHER.—Animo! tenemos que luchar para salir de este paso.

(Se adelanta, espada en mano, hasta la mitad del escenario. Sachs, de un salto, se echa á la calle y detiene á Walther por el brazo.)

POGNER (en la escalera).—¡Magdalena! ¿dónde estás?

SACHS (empuja á Eva medio desmayada hacia la escalera).—¡A casa, señorita!... Magdalena!
(Pogner la recibe y la hace entrar. Sachs, armado del

tirapié con el cual se abre paso hasta Walther, da un latigazo á David, y empujándole con un puntapié hacia la tienda, se lleva á Walther y cierra la puerta. Beckmesser á quien Sachs ha libertado de las manos de David, desaparece entre la multitud. En el punto en que Sachs trata de escapar, suena la bocina del sereno. Los aprendices, ciudadanos y compañeros huyen en todas direcciones. Queda la escena libre por completo. Ciérranse de golpe todas las puertas y ventanas, al retirarse los vecinos. La luna alumbra la calle.)

EL SERENO (sale por la derecha; se frota los ojos; mira alrededor, asombrado; mueve la cabeza y entona con voz algo temblorosa):—Oíd, las once han dado; cuidado con los brujos y fantasmas, temed que algún maligno espíritu atente á vuestras almas. ¡Alabado sea Dios!

(Continúa su camino, tocando la bocina, hasta que desaparece.—Cae el telón.)



ACTO III

Tienda de Sachs; en el fondo la puerta de la tienda entreabierta; á la derecha la de una habitación interior; á la izquierda una ventana que da á la calle con tiestos de flores, y al lado un velador. Sachs estará sentado en un sillón junto á la ventana por la cual penetran los primeros rayos del sol. Sobre sus rodillas sostiene un gran libro en folio y se halla absorto en su lectura. David sale acechando por la puerta de la tienda y al ver que Sachs no le observa, entra con una cesta y la esconde rápidamente debajo de otra mesita que habrá en el aposento. Después de haberse asegurado otra vez de que Sachs no le ha visto, examina el contenido de la cesta con muchas precauciones y saca de ella varias flores y cintas y un salchichón y un papel, poniéndose á comer. Sachs, que no le ha observado, dobla la hoja con mucho ruido.

DAVID (asustándose esconde la comida y se vuelve).
—Maestro, aquí estoy. Ya he llevado los zapatos á casa de Beckmesser: creí que me había usted llamado. (Aparte.) Finje no verme ¡será que está enfadado! (se acerca á él poco á poco con humildad.) ¡Perdóneme usted, maestro, no hay aprendiz sin defectos! ¡si conociera usted á Magdalena como yo, me perdonaría usted, de seguro! es tan buena! tan amable! me mira con tanto amor! Cuando usted me pega, ella me acaricia de tal modo... ¡qué sonrisa tan